

naties, pescados fáciles de confundir con terneras, por su cuerpo muy enorme y por su piel muy lustrosa, y por ser comestible, según los descubridores, y con sabor casi de carne por lo consistente de su fibra. En estas exploraciones comenzó el capitán de la *Pinta*, Martín Alonso Pinzón, á tomar informes de los indios, pero tan mal y torcidamente, que dedujo ser Cuba una ciudad, cuando así toda la isla se llamaba, y hallarse adherido su territorio á tierra firme, cuando estaba rodeado de mar, y referirse al Kan del Imperio indio la palabra «Gisanacan», cuando se refería en absoluto á una de aquellas regiones. Realmente, por la fuga general de los pobladores no podían aquilatar todos estos juicios; y expidieron un indio de los transportados en su compañía desde la primer isla encontrada, con encargo de disuadir á los naturales del recelo mostrado y moverles al trato con quienes, lejos de tomar objeto ninguno perteneciente á los demás, y quedárselo, aun daban de lo suyo, todo maravillosísimo, aportado allí de luengas y casi celestiales regiones. Á nado el indio demandó la tierra; y ya en ella constituido, á voces expresó la original embajada, que detuvo dos hombres por casualidad encontrados, quienes lo cogieron en brazos y lo llevaron al hogar más próximo, donde tales persuasivas palabras empleó, y tantas pruebas de lo aseverado adujo, que consiguió llevar consigo en canoas largas á las pasmosas carabelas mucha gente provista de ovillos y otras cosillas análogas. Colón ordenó que no tocaran los tripulantes á nada y se redujeran al simple inquirimiento del oro. Mas, en esto mismo, tan simple, no podían entenderse, porque tomaban por significativa de oro la palabra «nuçay», cuando llamaban los indios al oro «caona».

Mas llamáranlo como quisieran las gentes, no parecía por ninguna parte y su rareza y escasez continuaba como en las otras islas. Así no había medio en lo humano de que retrocediesen los descubridores de su busca, necesaria como testimonio para Castilla del tesoro encontrado; y persistieron, enviando nuevos embajadores adentro, que fueron, á saber: Rodrigo de Xerez, do-

miciliado en Ayamonte, y Luis de Torres, cristiano nuevo y judío antiguo, que había vivido con el Adelantado de Murcia y conocía muchas lenguas semíticas. Con éstos y con dos indios adjuntos, creyeron los exploradores por seguro hallar primero al Rey, después el oro de la isla. Anduvieron doce leguas, con efecto, y toparon los curiosos con una especie de villa, en la cual morarían como unos mil vecinos. Dulcedumbre mayor que la natural en aquella gente no se podía ni siquiera imaginar. Aposentaron á maravilla los embajadores y á porfía los atendieron. Tocábanles con reverencia las manos y besábanles los pies por creerlos descendidos del cielo á honrar y esclarecer la tierra. Dábanles de comer cuanto tenían con una liberalidad sin tasa. Sentáronlos en sillas grandes y honrosas, mientras ellos se acurrucaron al rededor suyo en cucullas y por el suelo. Las mujeres, que vinieron tras los hombres, formaban otro círculo externo detrás de éstos; y como escuchaban las relaciones de los indios del Guanahaní respecto de los cristianos recién venidos, rogábanles que les dijese como debían allí quedarse cual en sus casas y con su familia. No entendieron una palabra de las lenguas habladas por Torres, ni Torres, tan ducho en lenguas orientales, tampoco entendió una palabra de las lenguas habladas por ellos. No faltó á los indios sino adorar á los españoles. Pero, aunque los había provisto el Almirante de cartas, y dádoles ejemplares así de minería como de especiería, conocidos en Europa, para que tratasen al jefe de aquellas tribus como á monarca, y pactasen comercio con él, nada lograron, convencidos de hallarse frente á una grande aglomeración de personas faltas del organismo que tienen las sociedades reguladas por el gobierno y sin carácter ninguno de las colectividades llamadas con el nombre genérico de ciudad aquí. Tan dóciles á todas las emociones eran, y tan prontos á enajenarse de admiración rayana en culto y enajenar su voluntad en sacrificio confinante con la esclavitud, que se iban tras los embajadores, á quienes no entendían, creyendo cosa muy segura los condujesen al cielo, de donde habían bajado.

Quinientos pudieran llevar de su grado, á quererlo; pero se contentaron tras buen acuerdo, con el principal y un hijo suyo y otro. Pero el joven caudillo visitó á Colón y su gente con suma cortesía; vió los objetos que le presentaban, muy desemejantes de los conocidos por él, con grande indiferencia; y se partió diciendo que á la siguiente mañana tornaríá; pero nunca jamás tornó. Debió arrepentirse Colón de haberle dado suelta, pues tomó luego indios de uno y otro sexo, hasta el número de cinco, en su nave, y aun el marido de una india cautivada, el cual se interpuso ante la carabela, y rogó á los tripulantes que lo recogieran y se lo llevaran, como así lo hicieron. Aquí el historiador de la expedición, aquel por todos consultado como un oráculo, el P. Las Casas, toma todos los aires de un tribuno, é invocando ideas muy análogas á las profesadas por los filósofos demócratas de nuestros tiempos, invoca el derecho de gentes, y aun el derecho natural, contra tal apropiación, y reprueba y maldice la conquista, mientras el conquistador pacífico de aquellas tribus, Colón, refiere lo mismo referido por el Padre como la cosa más natural de este mundo y no muestra ni leve sombra de remordimiento ninguno en su relato sencillísimo. Entre todos los historiadores, al descubrimiento cercanos, el descubridor no tuvo quien por él se apasionara en el grado en que Las Casas llegó á exaltarse, abogado eterno suyo; pero, al encontrarse ante la increíble para él apropiación de sencillas familias sin pecado, el apóstol se indigna y subleva como pudiera Moisés ante los Faraones del antiguo Egipto y Daniel ante los déspotas de Babilonia. Reconoce la buena intención del sublime piloto; mas acumula sobre tal atentado á los derechos naturales y á la justicia eterna todos los dolores donde se anegara Colón más tarde, tomados por desgracias y no por aquello que realmente fueron, por terribles y justicieros castigos. En su estoicas filosofías, exacerbadas por la sugestión del temperamento monástico, proclama que al bien únicamente se puede ir por el bien, y que nunca al deseado logro de lo bueno, nunca, debe uno encaminarse ni por los malos pensamientos ni

por las malas acciones. Así al P. Las Casas le parecía bien el descubrimiento y le parecía la conquista mal, como si estos dos actos no fuesen correlativos y no se correspondieran, por desgracia, en la contingencia de nuestra especie, al mal sujeta siempre, y en la tristeza de nuestra historia, llena de una serie de instituciones tan dañosas y manchada por un cúmulo de actos tan terribles y siniestros, que hasta la esclavitud resulta un progreso cuando se considera cómo el hombre ha exterminado al hombre sin piedad en los estallidos del odio inextinguible y en los horrores del combate perpetuo.

Colón, que había entrado en Cuba con muchas esperanzas é ilusiones, tampoco arrancó á Cuba el testimonio tan requerido de su maravilloso descubrimiento, tampoco le arrancó el oro codiciadísimo. Así abría los oídos á cuanto le hablaban los naturales, y, trabucando todas las especies, encerraba en aquel no entendido lenguaje de los indios todo cuanto llevaba él en su cabeza extraído, ya de abstractas concepciones, ó ya de sólidos estudios. Decían los indios *babeque*, y él imaginaba oír la denominación correspondiente á los áureos imperios grabados en los mapas del tiempo aquel, tan fantásticos, y en las ideas cosmológicas del cerebro suyo, tan confusas. De falsa en falsa interpretación llegó á creerse que había cerca otra tierra, donde los naturales á una lucían arreos de oro macizo en todo su cuerpo, así como también otras tierras donde los naturales disponían de un ojo únicamente, como los fabulosos cíclopes, puesto en una cabeza de perro. Y tras semejantes tesoros viró y en busca de tanta maravilla se fué. Había sentido algún frío, natural á los meses de Diciembre y Noviembre, por lo que gobernó hacia el Este con inclinaciones al Mediodía. En aquel viaje todo le sedujo y encantó: el cielo clarísimo, el agua celeste; los cabos y promontorios de corte armonioso; las bahías hondas y mansas, de una transparencia luminosa y de una seguridad incontrastable, que le sugerían gritos de admiración; los agrupamientos de isletas, componiendo archipiélagos parecidos á ce-

lestes constelaciones; todo el espectáculo que á la vista se le presentaba, como un peregrino moderno de la naturaleza ó del arte, y toda la vida que absorbía por sus poros el cuerpo como la esponja sumergida en los mares el agua. Mas estas bellezas múltiples y estos aspectos por el paisaje de Cuba presentados á cada instante aumentaban la tristeza que le producía una tan grande contrariedad como la falta completa de oro. El día 19 de Noviembre se partió desde Puerto-Príncipe, donde alzó una cruz en demanda de la requerida nueva región. Hubiera querido costear para conocer la tierra que tenía delante de sus carabelas, mientras buscaba la tierra que tenía delante de sus ideas. Pero la oposición de los vientos, contrariándole mucho é impeliéndolo hacia temibles bajíos, constriñóle á irse al largo por alta mar. En estos incidentes del viaje sobrevino cosa tan funesta como la separación de su segundo, Pinzón, el gran piloto, aquel organizador sin par, á cuya diligencia se debió el aparejamiento y arreglo de la empresa, como á su voluntad la victoria sobre tantas y tan insuperables resistencias cual surgieron en su paso. El deseo de gloria y lucro, á nuestra especie humana congénito; la indisciplina, irremediable por necesidad en aquellas naturalezas pagadas de sí, que se creen á mandar y no á obedecer venidas al mundo; el incentivo de hallar las tierras del oro antes que Colón mismo, y alzarse así con todos los provechos del descubrimiento, ya que su excelso capitán se alzaba con todas las glorias, determináronle á un acto, del cual dimanaron luego todas sus desgracias. Pero Colón por esto no llegó á desconcertarse. Continuó, siempre que lo permitía el viento, volviendo á las costas desde alta mar y engolfándose en alta mar desde las costas, encantado por cuanto al rededor suyo veía y en la magia del encanto sobreexcitadísimo á creer una realidad viva todo cuanto soñaba. El descubridor, en la efusión de poesía y sentimiento, connaturales á su genio, nunca se cansa de contemplar en los mares, por él denominados de Nuestra Señora, la tranquila superficie de los ríos transparentes; las flo-

restas de uno y otro lado en las márgenes; los pedruscos veteados de oro y relucientes como ilusiones ó esperanzas á sus ojos; los pinares que transcendían á resina; las gomas parecidas al ámbar; los deleitables arroyuelos abajo en contraste con los picos arriba de las cordilleras esmaltadas por mil movibles iris; el entrelace de las palmas con los cedros; la muchedumbre de recodos parecidos á lagos por lo hermosos y á puertos por lo tranquilos; las canoas flotantes á lo largo de las orillas ó montadas en tierra bajo cobertizos de follaje; los indios desnudos y sin más particularidad que los aumentos de pintarracheos en el cuerpo y de plumajes multicolores en la cabeza; tantas emociones como despertaba en los salvajes el encuentro con los españoles, blancos, barbadísimos, puestos dentro de armaduras, tomadas por ellos como parte natural de su cuerpo, y con todos los aires de haber dejado una superior esfera celeste para confundirse con los míseros mortales en este bajo suelo.

---